

PROFESIONALISMO EN EL RUGBY - EN BÚSQUEDA DE UNA VISIÓN COMÚN (III)

Autor¹: Ricardo A. Romanelli

El rugby argentino está viviendo tiempos de cambios profundos, producto de la irrupción del profesionalismo en un deporte que ha sido durante más de 100 años un bastión del amateurismo. Todo cambio en una actividad, genera tensiones y angustias entre los “actores o participantes”, que resultan necesarias canalizar de manera coherente, y con máximo respeto por la divergencia. Las tradiciones y la cultura generada a lo largo de generaciones en este deporte, debieran proveer una base de sustento lo suficientemente sólida que permita “conducir” el proceso de cambio dentro de un ámbito de respeto mutuo, capacidad de entender las necesidades y expectativas de las partes, y finalmente encontrar una manera racional y madura de introducir los cambios necesarios como para permitir el ingreso al profesionalismo con el menor costo posible para el juego amateur.

Diferencias entre el juego amateur y el espectáculo profesional

Cuando se analizan las diferencias básicas entre el juego amateur y el profesional, el denominador común pareciera ser que en el primero los jugadores no perciben una remuneración por jugar, mientras que en el segundo caso si lo hacen. Planteado así, es fácil comprender el por qué se producen tensiones entre los distintos actores del sistema a la hora de definir como debiera ser el proceso de transición hacia el juego profesional.

Plantear como hecho diferencial que los jugadores perciban o no una remuneración por jugar, es una simplificación de una situación que sólo puede conducir a profundas distorsiones, y fundamentalmente a un diagnóstico errado a la hora de buscar soluciones a un tema que permita apaciguar las tensiones que el cambio genera.

Una actividad amateur, cualquiera sea ella, se caracteriza por el hecho que los actores de la misma se auto convocan para desarrollarla con un solo objetivo: pasar un buen rato y divertirse. Esto es lo que caracteriza tanto al rugby amateur, como a cualquier otro deporte (individual o de

¹ El autor fue jugador de rugby entre 1963 y 1982. Integró el primer equipo del Club San Andrés entre 1971 y 1974, y el primer equipo del Buenos Aires Cricket & Rugby Club entre 1975 y 1982.

conjunto): los que lo practican lo hacen sólo por el hecho de disfrutar del momento y pasarla bien. **El juego es para ellos, el público sólo está para verlos y alentarlos.**

En una actividad comercial como es un deporte profesional, el centro de la atención no son los actores que participan del mismo, si no la audiencia que los mira, los espectadores en este caso. En otros términos, y con el debido respeto y admiración que siento por ellos, Juan Martín Hernández, Rodrigo Roncero, Patricio Albacete, así como muchos otros que hoy están jugando, o aquellos que jugaron hasta hace poco, tal el caso de Agustín Pichot, Gonzalo Longo, etc., no serían hoy las figuras destacadas que llegaron a ser, si detrás de las pantallas, o sentados en las butacas de los estadios no hubiese habido personas dispuestas a pagar para verlos jugar. En otras palabras, en un espectáculo deportivo, lo importante son los espectadores, el público. El espectáculo es para ellos; los jugadores representan una pieza central en el desarrollo del negocio, pero si su performance es mala, o se lastiman y no pueden participar más, no podrán seguir percibiendo una remuneración.

Entender cuáles son las diferencias básicas entre una actividad lúdica y una comercial, son centrales a la hora de definir como debe ser el proceso de generación de una nueva actividad comercial. En mi opinión, definir la creación del rugby espectáculo como un proceso de transición a partir del rugby amateur, es un error sobre el cual debiéramos reflexionar.

La importancia de los clubes como factor de consolidación social

La sociedad argentina ha vivido a lo largo de las últimas cuatro décadas un profundo proceso de degradación caracterizado por un crecimiento exponencial de la brecha entre los que más y los que menos tienen, un constante deterioro de sus sistemas de educación y salud pública, y más recientemente, por un agravamiento de la seguridad personal de sus habitantes, producto entre otras cosas de la falta de oportunidades para aquellos que han recibido una menor formación (que en la actualidad representan no menos del 38% de la población total). Si bien no es mi intención profundizar aquí respecto del porqué nos ha sucedido esto, creo que es sí posible afirmar que algunas instituciones, como es el caso de los clubes, y en particular aquellos vinculados al juego del rugby, tienen un rol central en la preservación y la transmisión de valores². ¿Por qué lo hemos logrado? En mi opinión, por dos razones fundamentales:

² Las virtudes fundamentales del hombre, como las denominaba Aristóteles.

- Porque los clubes han mantenido el voluntariado como su herramienta central de gestión. Es decir toda su actividad ha sido sustentada por individuos que entendían y entienden que a través de su aporte voluntario³ pueden devolverle a la sociedad algo de lo que ésta en algún momento les dio.
- Porque a través del deporte, y por sobre todo los deportes de conjunto con sistemas de competencia bien administrados (como es el caso del rugby entre otros), es posible recrear dentro de un ambiente controlado (su reglamento), situaciones simuladas de la vida real, que ayudan a templar el espíritu, aprender acerca de los valores fundamentales de la vida y disfrutar viviendo dentro de ellos, generando así la oportunidad de ayudar a transformar a los niños y jóvenes que los practican, en personas de bien (éticas) al alcanzar la adultez.

En una sociedad que se ha degradado y se sigue degradando a diario, perder el aporte que hacen los clubes al bienestar público sería en mi opinión un error imperdonable. En el próximo apartado intentaré explicar esto.

Por qué debemos preservar a los clubes de la actividad profesional

Desarrollar una actividad comercial, como es un espectáculo deportivo dentro de una asociación civil sin fines de lucro o de una fundación (como son la mayoría de los clubes), representa un error garrafal, como se ha demostrado en aquellos clubes donde el fútbol se ha desarrollado como espectáculo. ¿Por qué hago semejante afirmación? Es simple, la estructura jurídica sobre la cual se han organizado la mayoría de estas instituciones, no permite tener acceso a otras fuentes de capital que no sea la cuota social de sus miembros. Los auspicios publicitarios son efímeros; están mientras el éxito acompañe la gestión, y el endeudamiento no es fácilmente accesible⁴. Articular una estrategia de desarrollo de una actividad comercial, particularmente una nueva actividad, donde se desconoce el comportamiento de las variables del negocio (fundamentalmente los ingresos), alrededor de estructuras jurídicas que no permiten la posibilidad de “levantar capital de riesgo”, parece una actitud poco sensata, ya que sólo se puede recurrir a auspicios, y con mucho mayor dificultad a endeudamiento bancario. El primero te abandona cuando las cosas no andan

³ No remunerados

⁴ Los bancos no suelen prestarles dinero a las asociaciones sin fines de lucro, ya que socialmente está mal visto pedirles la quiebra cuando no pueden devolver el préstamo.

bien, y el segundo busca recuperar su dinero independientemente de la suerte que uno haya corrido con el desarrollo de la nueva actividad comercial.

En segundo término, por su naturaleza, las autoridades constituidas de las asociaciones civiles sin fines de lucro o de las fundaciones, es decir sus comisiones directivas, no pueden percibir remuneración alguna. Por ende pretender desarrollar una actividad comercial dentro de una de estas instituciones expone a los miembros de sus cuerpos directivos a la disyuntiva de dedicar muchas horas de su día a una actividad donde legalmente no se les permite remunerar su trabajo, o inevitablemente buscar involucrarse en actividades comerciales paralelas, conexas a la nueva actividad comercial del club, generándose así corrupción. Creo que con los ejemplos que hay en muchos clubes de fútbol, donde se ven técnicos, jugadores y dirigentes ricos, dentro de instituciones pobres o simplemente en bancarrota, es más que elocuente.

Por último, cuando entra una actividad comercial dentro de una institución como es un club, automáticamente cambian los parámetros alrededor de los cuales se mide la performance de la misma. A partir de ese momento sólo importa si se gana o pierde dinero, y no si ayuda o no a formar personas.

El modelo de desarrollo propuesto por la Unión Argentina de Rugby (UAR)

Durante los últimos 14 años, la Unión Argentina de Rugby (UAR) se ha debatido respecto a si ingresar en el rugby espectáculo, y en caso de hacerlo, cuál sería la mejor forma de lograrlo. Durante los últimos dos años⁵, se ha definido un modelo de desarrollo del rugby espectáculo que parecería ser de todas las alternativas posibles, la mejor, en la medida que seamos capaces de preservar a los clubes de este emprendimiento.

En efecto, transformar a la UAR como la única entidad vinculada al rugby espectáculo, parecería ser la forma más adecuada de tender un manto de protección sobre los clubes, y a la vez permitir que Argentina mantenga su posición dentro de los 10 países más competitivos del mundo en este deporte espectáculo. A través de la creación de los centros de alto rendimiento deportivo, denominados comúnmente PLADARES, se está buscando el desarrollo de esta nueva actividad comercial. Sin embargo, la forma en que se está implementando el proceso está generando tensiones innecesarias entre los distintos actores del sistema. Creo que aún estamos en

⁵ Coincidentemente con la finalización del Campeonato Mundial Francia 2007.

condiciones de re visitar el proceso e introducir modificaciones que eviten generar daños irreparables en la estructura de los clubes, que al fin de cuentas representan la base del desarrollo del deporte.

En efecto hoy conviven en Argentina alrededor de ocho centros de alto rendimiento (PLADARES) diseminados a través de las provincias que concentran la mayor cantidad de jugadores, y que han optado por dedicarse al rugby espectáculo. Cuales son en mi opinión los defectos de base del sistema planteado:

- La imposibilidad que ha encontrado la UAR hasta el momento para dar la competencia necesaria a los jugadores afectados al sistema (requieren no menos de 25 encuentros anuales).
- La inadecuada utilización de los recursos humanos y técnicos con que han sido dotado los PLADARES, provoca un desequilibrio difícil de justificar a la hora de generar un negocio. En efecto, en la actualidad existen PLADARES con no más de dos o tres jugadores convocados.
- La rigidez estructural del sistema, que sólo contempla (al menos por ahora), la creación de un solo equipo profesional (Los Jaguares), en contra posición con la cantidad creciente de jugadores que irán seguramente interesándose por ingresar en actividad. El modelo de un solo equipo local que compita en distintos torneos internacionales es en mi opinión, *“una prueba en vacío”*, por las dificultades que se encuentran para dar competencia a los jugadores que han sido convocados y han aceptado participar. En efecto, cualquier deporte de espectáculo suele ocupar entre un 2% y un 5% de la masa total de deportistas involucrados en esa actividad (esto es un dato estadístico de la mayoría de los deportes, tanto individuales como de conjunto). Ello permite generar la pirámide competitiva de la cual luego salen los mejores jugadores para representar al país en sus seleccionados profesionales o en competencias internacionales (campeonatos mundiales, olimpiadas, etc.).

¿Ante esta situación cabe preguntarse por qué la UAR ha elegido este camino? ¿Es por prudencia, falta de decisión, o escasez de capital para desarrollar el negocio? En cualquier caso es fundamental abrir este debate en los lugares que corresponda hacerlo: a nivel de la dirigencia de las uniones provinciales y en el seno mismo de la UAR. Creo que es importante evitar a toda costa politizar la cuestión, llevándola al nivel de los jugadores amateurs o a cualquier otro ámbito que no sea el definido anteriormente.

Personalmente, creo que sería conveniente evaluar la factibilidad de ampliar la cantidad de equipos profesionales que compitan en el país, estructurados sobre la base de los PLADARES actuales (o modificados). Cada PLADAR no debiera tener menos de 30 jugadores (en total 240 á 250 jugadores en todo el país), e invitando a acercarse a este negocio a las uniones de Uruguay, Chile, Brasil y Paraguay.

Tal ampliación le daría al rugby espectáculo, la posibilidad de organizar un torneo profesional local /regional con suficiente cantidad de equipos como para mantener una activa competencia.

Si la UAR no contara con el capital necesario como para encarar semejante desarrollo por su cuenta, debiera tratar de atraer, como se hace en cualquier otra actividad económica, inversores externos (privados o institucionales), manteniendo el control operativo del negocio. En este sentido, creo que la UAR también debiera considerar la conveniencia de modificar su estructura jurídica y transformarse en una sociedad anónima, o por lo menos colocar su actividad comercial, bajo la órbita de una sociedad anónima de manera tal de permitirle incrementar sus posibilidades de “levantar capital” y hacer más transparente la evolución del negocio.

Los riesgos de permitir la convivencia de un deporte amateur y un espectáculo profesional. El caso de los jugadores de los PLADARES

La Unión de Rugby de Buenos Aires (URBA) tomó en mayo de 2009 una decisión histórica (y en mi opinión muy valiente), al fijar el 31 de Diciembre de 2009 como plazo límite para que pudiesen competir dentro de los clubes aquellos jugadores que hubiesen optado por dedicarse al rugby espectáculo. En este sentido, y en respuesta al murmullo que se oye últimamente dentro de la dirigencia del rugby, en los clubes, el periodismo especializado, y entre los simpatizantes de nuestro deporte amateur, creo que es importante destacar que tal decisión fue tomada en una asamblea extraordinaria de la URBA, y con el voto unánime de todos los clubes participantes.

La decisión de los presidentes de los clubes de la URBA, lejos de manifestar la posición “de unos dinosaurios del deporte”, ha buscado demarcar claramente la separación entre una actividad lúdica (se practica por el placer de hacerlo, por la diversión de quienes participan de ella), y un espectáculo deportivo. Sin lugar a dudas fue una decisión difícil, pero también muy valiente, ya que en muchos casos significa que los clubes tendrán que pedir a alguno de sus socios que definan si quieren continuar participando de una actividad por el sólo hecho de estar con sus amigos y

divertirse, o dedicarse de lleno a una nueva profesión que tiene por objetivo entretener al público que los mira jugar.

A esta altura, el lector seguramente ha podido comprobar que permanentemente hago hincapié en puntualizar las diferencias en los objetivos de la actividad. Ello es central en mi argumentación, ya que en la práctica corriente del deporte, es difícil que alguien se detenga a reflexionar acerca de ello estando al costado de una cancha. No se trata de un juego de palabras, se trata de explicar las diferencias substanciales que existen dentro de la práctica de un mismo deporte, uno jugado amateurmente, y otro desarrollado como espectáculo deportivo (en ambos casos la pelota es ovalada y las reglas de juego son idénticas). Si no somos capaces de visualizar semejantes diferencias corremos el riesgo de permitir la convivencia de ambas actividades dentro de los clubes, exponiéndonos a perder definitivamente su sentido actual y destruyendo instituciones en algunos casos centenarias. Cuáles son mis fundamentos para semejante afirmación:

- En primer lugar porque se generan ventajas deportivas al permitirse que jueguen en un encuentro, personas que han optado por dedicarse al rugby espectáculo (jugadores afectados a los PLADARES), los cuales entrenan en doble turno, con cinco o seis estímulos semanales, con otras personas que se dedican amateurmente al deporte, que tienen otras actividades laborales, son estudiantes universitarios, jóvenes profesionales, etc. que pueden entrenar dos o tres veces por semana. Esa necesidad de mantener el nivel de competencia, está llevando a generar niveles de dedicación en los jugadores amateurs y en los voluntarios involucrados con el deporte, que resultan incompatibles con la naturaleza del mismo, si tenemos en cuenta que se trata de un juego, una diversión.
- El insuficiente nivel de competencia logrado hasta el momento por la UAR para sus equipos profesionales, no debiera ser óbice para continuar apalancando el desarrollo del rugby de espectáculo sobre la estructura amateur de los clubes. La UAR debe encontrar la forma de generar el capital necesario para darle competencia a los jugadores empleados por ella. No es bueno para el futuro del rugby amateur financiar dicha competencia a través de los clubes.
- Prolongar como algunos pretenden la transición hacia el juego de espectáculo, manteniendo a los jugadores de los PLADARES dentro de los clubes, incrementa el riesgo de una *“profesionalización encubierta”* (también llamado *“marronismo”*). La presión por lograr una mayor y mejor competencia, agravada en algunos casos por la necesidad de mantener los auspicios, cuando la estructura de ingresos tradicional no alcanza para cubrir

los costos operativos que el nivel de competencia demanda, incrementa cada vez más esta exposición.

- La profesionalización periférica de las estructuras aprobadas hace pocos años por la URBA (inclusión dentro del estatuto de entrenadores y head coaches rentados), también contribuye a que se genere más tensión en el sistema, y es razonable que así suceda. En efecto, la manera objetiva de que un entrenador puede demostrar a sus empleadores (los clubes), sus capacidades y competencias, es a través de la mejora en el nivel de juego, lo cual normalmente se termina reflejando en los resultados (es lo deseado). Por ende, cuanto mayor disponibilidad de los jugadores tenga el entrenador, mejor podrá *“performar”* su equipo. Como a los jóvenes deportistas, por lo general el desafío de mayor exigencia no les produce desagrado, se ingresa en una espiral competitiva que termina siendo incompatible con el objeto amateur del deporte.
- Las diferencias de envergadura y potencia física, comienza a ser cada vez más notoria entre los jugadores que han optado por someterse al trabajo en los PLADARES (para ingresar en rugby de espectáculo), y aquellos que aún juegan por diversión. Esas diferencias se están tornando en algunos casos peligrosas.
- Los cambios introducidos al reglamento en años recientes por el *“International Rugby Board (IRB)”*, han estado fundamentalmente alineados con el propósito de mejorar la dinámica del juego, para hacerlo más atractivo a la televisión. En otras palabras, se ha dado prioridad al deporte espectáculo por sobre el deporte amateur. Dichos cambios han ido en general en detrimento de la seguridad en el juego, no tanto para los jugadores del rugby espectáculo, cuya envergadura física de alguna manera les permite competir bajo esas reglas, pero sí definitivamente a nivel de los jugadores amateurs, cuya preparación física es menor, tanto a nivel de las divisiones juveniles, como también, a nivel de los mayores. La menor envergadura y preparación física de los jugadores amateurs los expone a riesgos implícitos en algunas jugadas reglamentarias como son el doble movimiento post tackle, “la pesca” de la pelota en un post tackle o el tackle a nivel del tórax. En este sentido, creo imperioso que la UAR revise el reglamento de juego y produzca los cambios necesarios que permitan adecuar el mismo a los niveles de preparación de los jugadores amateurs, y particularmente de los jugadores juveniles.

El desafío está ahora en manos de las uniones del resto del país (no URBA), y de las nuevas autoridades de la UAR. Particularmente en este último caso, ya que por primera vez en la historia del rugby argentino, la presidencia de la UAR está en manos de un representante de Tucumán, el Dr. Luis F. Castillo. Las uniones provinciales también deberán hacer frente a la responsabilidad

que les cabe de proteger los aspectos formativos de este deporte, es decir su esencia amateur, y por ende, el destino de sus clubes. Está en ellos la necesidad y hasta la obligación de producir la separación de los jugadores afectados a los PLADARES del resto, a la mayor brevedad posible.

Hago votos para que la nueva dirigencia esté a la altura de las circunstancias, y demuestre la misma valentía y determinación que mostró la URBA en mayo de 2009.

Por último, creo importante apelar a todos aquellos actores del sistema, que por su grado de influencia, tienen la responsabilidad de preservar el nivel formativo de este deporte, el cual se da intrínsecamente en los clubes. En particular me refiero a todos aquellos que hoy viven del rugby pero que en su momento fueron formados por el voluntariado: periodismo deportivo especializado, entrenadores profesionales, intermediarios deportivos, jugadores y ex jugadores profesionales, todos deben colaborar responsablemente con este proceso, ya que el rugby tiene mucho más para perder que ganar, si las cosas no se manejan con responsabilidad. Todos los intereses en juego son válidos y genuinos, pero jamás debemos perder de vista el origen común que todos tenemos.